

## La muñeca

**Consuelo Triviño Anzola**

Escritora colombiana

Soñé que muchos hombres pasaban tímidamente por el sex shop, iban y venían, disimulando su interés y yo me consolaba pensando que a ellos no les gustaba demostrar sus sentimientos. Mi dueño estaba nervioso por la indecisión de los clientes. Las ventas iban mal y trataba de atrapar a los tímidos con insinuaciones obscenas sobre los maravillosos aparatos del placer, sacándolos, acariciándolos con voluptuosidad. Sólo un cliente se animó a entrar aquella tarde inclemente, con amenaza de lluvia y nubarrones en el cielo, que empujaba a la gente a su casa. Los hombres se mostraban indiferentes ante lo que tan atractivamente ofrecía la vitrina, no sólo por el tiempo, sino por la falta de deseos.

Yo confiaba en que alguno de esos transeúntes me sacara de la prisión que me anulaba; por ejemplo, un hombre bajito, con aspecto extranjero, de pelo escaso y tersas manos, ese que se detuvo frente a la vitrina, mirando cada uno de los artefactos. Al verle las manos, sentí que me tomaría con violenta decisión, permitiéndome ser algo más que un objeto en oferta. Cuando se acercó a la vitrina simuló mirarme con frialdad, actitud que mantuvo mientras me sacaban del estuche, envuelta en finas sedas de papel, como estaba desde que salí de la fábrica. Él fingió conocer el tema, impidiéndole al vendedor leer la lista de mis virtudes, las que hacían de mí una muñeca única. Él tampoco sospechaba con qué fuerza podía arrastrarlo al paraíso de los placeres, hasta enloquecerlo, convirtiéndome en un elemento imprescindible en su vida. ¿Cómo iba a imaginarse que era justamente yo quien lo elegía?

El hombre ocultaba una estructura frágil bajo la gabardina beige, pese a sus regordetas manos de leñador. El fino empaque de su cara armonizaba con la boca pequeña y los labios delgados. El pelo rubio cenizo no parecía conocer el champú. Pero, en cambio, transmitía en el pálido azul de su mirada una necesidad de diluirse, de desaparecer en una nube. Medía poco más de uno sesenta y acariciaba con una sensualidad que me erizaba. Sus ojos miraban más allá de mí, buscando quizás a aquella mujer que marcó su vida y lo empujó a no definirse por ninguna. Esos ojos atravesaban mi material para luego cerrarse, guardando una imagen que lo excitaba y animaba a pegarse a mí para estimularse, humedeciéndose los labios con la lengua, repitiendo el nombre de esa mujer, como si al envolver la palabra con su sensualidad, pudiera traerla a su cama.

Ese mismo día me hizo suya, compartiendo el morbo antes reservado a la oscuridad, frente a la pantalla de su televisor, a eso de las once de la noche, después de acabarse la

lasaña que calentaba en el horno y comía por obligación, tirado en el sofá. Entró en su pequeño apartamento en el centro y, sin desvestirse, me sacó de la caja, me arrancó el papel de seda y me llenó con su aire desesperado. A medida que me llenaba con su aliento, me hacía sentir mujer, moviéndome al ritmo del bolero que certeramente puso, al tiempo que iniciaba su hazaña pulmonar. Luego fue al cajón de su armario y sacó del fondo una oscura y diminuta prenda de encaje. Empezó a vestirme con unos pantaloncitos de corazón, que luego me arrancó con los dientes. Así liberaba el deseo del exilio interior, él que era un extranjero, escindido de sus raíces, atrapado en un monólogo que anulaba su capacidad de ser en otro con sólo una palabra.

Asumí que mi misión era servirle de consuelo en sus noches de soledad, que eran todas. Tuve pena por su situación y por eso oculté mi verdadera naturaleza, para no decepcionarlo, en caso de que llegara a descubrir que yo no era un objeto solamente. Me hice mujer con su aliento, fui acomodándome a la forma de su cuerpo, formé con él nuestro nidito de amor, para perdurar en una clandestinidad criminal, lejos de las miradas indiscretas.

Como un niño se dejaba llevar por la curiosidad, tratando de encontrar el sexo de su muñeca. Cerraba las cerraduras de todas las puertas de la casa y no atendía al timbre cuando estaba conmigo. Se transformaba en un diablillo de mágicas manos. Yo le hacía sentir que no necesitaba mirarme a los ojos, ya que no tenía ojos. A él no le importaba porque su mirada iba más allá de mí, hacia el lugar donde estaba la otra. Mis ojos eran en realidad dos botones cuidadosamente dibujados por las manos delicadas de una obrera china, a la que le pagaban a cuarto de centavo por botón. Él cerraba los ojos y abría la boca, esperando el caramelo de su mamá y de esa misma boca salían las palabras obscenas que lo animaban a avanzar dentro de mí.

A veces me dejaba en mitad de la tarea y yo creía que huía aborreciéndome. Todo lo contrario, cuando estaba más animado, volvía a remover los cajones de su armario y sacaba un vestido de seda roja que se ponía, para acariciarse las nalgas y que luego colocaba encima de mí, como si se viera en mí. Era cuando estaba a punto de volverse loco de placer. Se le ocurrían unas ideas que no estaban en el guion. Yo quería ponerme muchos vestidos de seda sólo por sentir su mirada ansiosa llenarse de cuerpos de mujeres inalcanzables. Conmigo aprendía a despojarse de los prejuicios que le impedían ser. Perdía la vergüenza, la mesura, el sentido del orden, del espacio y del tiempo, el pasaporte. Yo no tenía un nombre, pero él me llamaba con las palabras más tiernas o sucias que se le ocurrían. Tampoco tenía un documento de identidad. Sólo sabía que sin el petróleo poderoso no existiría.

Ahora duermo contigo todas las noches y tú te fumas un cigarrillo, mientras abres mis piernas, acercándote al centro. Tocas eso que llaman "sexo" y que recibe nombres de animales extraños o fugaces. Para llegar allí pones una voz gangosa como de ronquidos de bestia cavernaria. Te salen palabras incomprensibles de las tripas. Tus murmullos me aturden. Me hacen pensar que lo humano se separa para dar paso a un bicho torpe. Me confundes tanto que se me olvida la misión para la que fui diseñada y entro en una crisis existencial que me devuelve la memoria del plástico y me ahoga. Trato de no olvidar que nací cuando me sacaste de la caja para darme una entidad: ser una cosa tuya, formar parte de un mundo secreto, al lado de los pantaloncitos de encaje, los ligueros y los trajes de seda

rojos. Quisiera hablarte, pero no tengo voz, quisiera mirarte, pero sólo puedo presentirte detrás de estos dos botones dibujados por las manos de una artista explotada. Llegué de contrabando a la tienda. Mantengo mi condición de clandestina. Imitas la que crees mi voz, pero no es mi voz, es la tuya que se adelgaza y alcanza un tono femenino. Mi temperatura sube al contacto con tu cuerpo. Tengo la boca abierta para recibirte y no puedo gemir. Tú insistes en viajar hacia “eso” que está en medio de las piernas. Quieres que te devore como una planta carnívora. Exageras el frenesí con la música del fondo y la lluvia reventando los cristales de las ventanas. La calle es un río turbio que tapona los desagües.

Quiero acabar con tu soledad, pero no me es posible acompañarte. No puedo borrar tu pasado para colocarte en un eterno presente sólo mío. Tal vez prefieras la inocencia de la otra, su desconocimiento de tu deseo ardiente de ella, su etérea indiferencia. Repetimos la escena que te gusta, pero cada vez es menos placentera. Empiezo a sentir celos de la otra y me aferro a ti con desesperada urgencia. Quiero ser tu encantadora costumbre, tu vicio secreto, pero tampoco puedo alcanzar ese sueño si me reduces a un objeto desechable.

Soy una muñeca plástica. Me compraste en una tienda de objetos eróticos. No era nadie antes de conocerte, okey. Todo lo que soy te lo debo a ti. A veces te gusta jugar a las muñecas, pero como un niño, rompes los juguetes. Me posees porque eres mi dueño. Me tomas con violencia, como los niños que se aburren de los juguetes. Ensayas muchos estilos y ninguno te funciona. Por eso estás encendido de furia contra mí. Te golpeas la cabeza con mi cuerpo, mientras me llamas puta. Te asustas de tus fantasías asesinas. Tal vez preferirías que te castigara por ser un niño malo. Algunos hombres se portan mal para provocar el castigo de mamá. Te atraigo hacia mí, tirándote de las orejas. Quieres dejar de ser sujeto. Te angustia ese papel de ser siempre quien decide el orden del guion. Compraste un goce efímero que quiero eternizar, para suplir la necesidad de la otra, y me castigas por intentarlo. Tampoco la quieres a ella, es la visión fugaz de una mujer etérea lo que te hiere.

Yo soy diferente. Me acoplo a tus deseos aunque no los comprenda. Tarde o temprano acabarás enamorándote de mí. No te pido pieles ni brillantes. Eres libre como el niño que recibe el perdón de su mamá después de hacer una fechoría. ¿Quién puede quererte más que esta muñequita encantadora y transportable? Me vuelvo tan pequeña que puedes llevarme en tu equipaje. Con tu aliento alcanzaré la forma de una lozana mujer dispuesta a complacerte. Estoy celosa, pero lo disimulo, de modo que soy la perfección plástica.

Qué fácil es cuando te dan placer sin pedir nada a cambio. Me compraste. No le debes nada a nadie. Me hicieron pensando en tus deseos, en tu soledad, aislamiento e incomunicación. Mi hombre tímido, hablo contigo, sólo si me dejas. Pero no debes olvidar que en el fondo de mí hay una fragilidad que amenaza nuestra unión. Disfruta entonces lo que puedas antes de reventarme. No olvides mi delicada condición. Después de tu explosivo arranque de júbilo, quedarán desperdigadas las trizas de plástico por los rincones. ¡Cuidado! Quiero perdurar para ti.

Me transmites todas tus ansias, quieres que te diga que estoy en celo. Me ruegas que te devore desesperadamente, que no abandone jamás la casa, para no tener que salir a la calle a buscar una aventura cuando deje de llover. Te gustaría que lloviera sin parar cuando estás conmigo. Soy tuya hasta mi muerte, hasta mi desaparición fulminante. Después de todo no vas a olvidarte de mí. En tu recuerdo quedará estampada la huella de una muñeca de plástico que buscarás en las otras y me repetirás en ellas. Las muñecas fuimos

programadas para “necesitar un hombre”. Somos útiles e higiénicas. En realidad, nos crearon con fines profilácticos. Es algo muy normal, estando como están los cuerpos contagiados de enfermedades.

La vida en un sex shop no tiene sentido si no te compran. Los hombres me miran pero no se atreven. Sólo tú te atreviste. Tú, el tímido, el encerrado en sí mismo, el que vive en otra dimensión, en una zona oscura. Al verme se encendió una luz y miraste hacia la estantería de arriba donde tropezaste con estos botones que cubren mis ojos verdaderos. Me guardas en la caja. Me ocultas como si fuera una vergüenza. Acepto la triste condición de clandestina. Una muñeca no debe pedir nada y sí darlo todo. Pero el encierro en el armario me asfixia y estoy a punto de volverme humana para protestar. Te espero con ansiedad para ver la luz. Le hablo a tu mano para que me lleve a la calle a pasear. Pero tu mano enguantada se adhiere como una gelatina a mi entrepierna. No acierto. No aciertas. Nos perdemos. Me dices que tienes ganas, pero a veces me gustaría volver a la tienda para exhibirme a los otros. Voy a devolverte el dinero para que me dejes en el punto donde estaba antes de encontrarnos. Quiero conocer a otros hombres antes de decidir que vas a ser mío para siempre. A lo mejor hay que cobrarte para que aprendas a valorar la entrega de esta muñeca que quiere darte todo, pero que no aguanta el encierro.

Ensayo a pensar que no existo, que alguien me piensa. Es tan elemental lo que buscamos que nos da vergüenza decirlo. A pesar de todo, amor, ven dentro de este agujero imposible, penetra este material antes de que sea devorado por el fuego. Soy una muñeca dispuesta a morir por un hombre. No padezco traumas ni me quedan frustraciones por tu desprecio. El plástico quedará inundado de ti, mis materiales ceden a la intensidad de tu deseo, sólo que tienen un límite. Sería mucho mejor si no tuvieras una meta. Vas a aplastarme con tu pesado cuerpo. Soy frágil, soy frágil, delicada, hacia arriba, cuidado, atención.

Decir amor con una voz sensual te compromete y te hace una muñeca problemática. No quiero respuestas, amor, no espero caricias. Soy una muñeca térmica y auto suficiente. Desprendes mi cabeza del cuerpo en esa euforia repentina que te ataca. Soy frágil, delicada, arriba, ojo, inútil, nadie lee las instrucciones antes de usarme. Me queda el resto del cuerpo que es tuyo, pues me compraste. Entonces arráncame una pierna. Soy una muñeca masoquista o insensible al dolor. Mis senos, amor, insistentemente buscan tus manos de fiera. No tengo dientes. Si los tuviera, te daría el mordisco que me pides. Pides tantas cosas tan extrañas que me parece que estás loco. No alcanzas la plenitud, sólo una vaga imagen de la felicidad, la sensación de la fuga del otro que escapa de ti. El sexo es un extraño que viene a visitarnos. Parece que se queda por la forma como se instala, pero en cuanto cerramos los ojos, se nos escapa. Se exalta de repente y parece que fuera a destruir la casa. Decae o se entristece sin que pueda explicarnos sus razones. Igual que el plástico, se infla o se desinfla y sus designios son tan insondables como los del señor. No se derrite con las llamas, pero quema y nos quema, tiene sus propias reglas.

Tu sexo se doblega ante lo que represento. Me asigna poderes. Estoy rota, pero no quiero morir. Regresa antes de que traspases las puertas de la locura. Ven, deja que tu cabeza repose entre mis piernas. No volverás al sitio de donde viniste. Espera, soy frágil, tu cabeza es demasiado grande y me desgarras. Te dije que si ibas despacio, te quedarían más noches para vivir este sueño. Cuando yo desaparezca, quedará el vacío de mí, el peso de

una ausencia que es la otra cara del ser. No te vayas, amor, no huyas, estoy viva dentro de ti. El plástico es sólo un material, un medio para una forma. No se lo diré a nadie. Soy muda...

Al despertarme, todas las mañanas te digo, amor, no me preguntes si te quiero. No sé qué responder. No vuelvas a decirme que soy la muñeca más dulce que has conocido. No te quedes mirándome como si fuera de plástico. Soy yo, recuerda, soy frágil, delicada; y tú, una bestia. Un día vendrás y ya no estaré aquí. Entonces tendrás que comprarte una muñeca de plástico para satisfacer tus necesidades.